GUY DE MAUPASSANT
SOBRE EL AGUA

El verano pasado había alquilado una casita de campo a orillas del Sena, a varias leguas de París, e iba a dormir allí todas las noches. Después de unos días conocí a uno de mis vecinos, un hombre de unos treinta a cuarenta años, que desde luego era el tipo más raro que había visto nunca. Era un viejo barquero, pero un barquero fanático, siempre cerca del agua, siempre sobre el agua, siempre en el agua. Debía de haber nacido en un bote, y seguramente muera en la botadura final.

Una noche, mientras paseábamos a orillas del Sena, le pedí que me contara algunas anécdotas de su vida náutica. Entonces el buen hombre se animó, se transfiguró, se volvió locuaz, casi poeta. Tenía en el corazón una gran pasión, una pasión devoradora, irresistible: el río.

-¡Ay! -me dijo-, ¡cuántos recuerdos tengo en este río que ve fluir ahí cerca de nosotros! Vosotros, los habitantes de las calles, no sabéis lo que es un río. Pero escuche cómo un pescador pronuncia esa palabra. Para él es la cosa misteriosa, profunda, desconocida, el país de los espejismos y de las fantasmagorías, donde de noche se ven cosas que no son, donde se oyen ruidos que no se conocen, donde se tiembla sin saber por qué, como al cruzar un cementerio: y en efecto es el cementerio más siniestro, aquél donde no se tiene tumba.

Para el pescador la tierra tiene límites, pero en la oscuridad, cuando no hay luna, el río es ilimitado. Un marinero no experimenta lo mismo por el mar. Éste es a menudo duro y malo, es verdad, pero grita, aúlla: el mar abierto es leal; mientras que el río es silencioso y pérfido. No ruge, corre siempre sin ruido, y el eterno movimiento del agua que fluye es más espantoso para mí que las altas olas del Océano. Ciertos soñadores pretenden que el mar esconde en su seno inmensos países azulados, donde los ahogados ruedan entre los grandes peces, en mitad de extraños bosques y en cuevas de cristal. El río sólo tiene profundidades negras en cuyo limo nos pudrimos. Sin embargo, es bello cuando brilla al sol que se levanta y cuando chapotea suavemente entre sus orillas llenas de cañas que murmuran.

Un poeta, hablando del Océano, dijo:

«¡Oh, mares, cuántas lúgubres historias conocéis!
Mares profundos, temidos por las madres arrodilladas
Historias que os contáis cuando suben las mareas
Y es lo que os da las voces desesperadas
Que tenéis, a la noche, cuando venís hacia nosotros».

Pues bien, creo que las historias cuchicheadas por las finas cañas, con sus vocecitas tan dulces, deben de ser aún más siniestras que los dramas tétricos contados por los aullidos de las olas. Pero ya que me pregunta por algunos de mis recuerdos, le voy a contar una aventura singular que me ocurrió aquí, hace unos diez años.

Vivía, como hoy, en la casa de la madre Lafon, y uno de mis mejores amigos, Louis Bernet, que ahora ha renunciado al canotaje, a sus pompas y a su desaliño para entrar en

el Consejo de Estado, estaba instalado en el pueblo de C..., dos leguas más abajo. Cenábamos todos los días juntos, unas veces en su casa, otras en la mía. Una noche, cuando volvía solo y bastante cansado, arrastrando penosamente mi gran barco, un océano de doce pies que utilizaba siempre de noche, me paré unos segundos para recobrar aliento cerca de la punta de las cañas, allí, unos doscientos metros antes del puente del ferrocarril. Hacía un tiempo magnífico; la luna resplandecía, el río brillaba, la noche era suave, sin viento. Aquella tranquilidad me tentó; pensé que sería muy agradable fumar una pipa en aquel lugar. La acción siguió al pensamiento; cogí el ancla y la tiré al río. El bote, que volvía a bajar con la corriente, corrió su cadena hasta el final, y se paró; me senté atrás en mi piel de borrego, tan cómodamente como me fue posible. No se oía nada, absolutamente nada: tan sólo a veces me parecía percibir un pequeño chapoteo casi insensible del agua contra la orilla, y veía unos grupos de cañas más altas que tomaban aspectos sorprendentes y parecían agitarse por momentos.

El río estaba completamente tranquilo; aun así me sentí emocionado por el silencio extraordinario que me envolvía. Todos los animales, ranas y sapos, esos cantantes nocturnos de las ciénagas, se callaban. De pronto, a mi derecha, muy cerca de mí, una rana croó. Me estremecí. Se calló. Ya no oí nada más y decidí fumar un poco para distraerme. Sin embargo, aunque era un fumador de pipa experimentado, no pude fumar; en cuanto tomé la segunda bocanada, me mareé y lo dejé. Me puse a canturrear; el sonido de mi voz me resultaba lamentable; entonces me tumbé en el fondo del barco y miré el cielo. Durante unos instantes permanecí tranquilo, pero pronto los ligeros movimientos de la barca me preocuparon. Me pareció que daba bandazos gigantescos, tocando sucesivamente una y otra orilla del río; luego creí que un ser o una fuerza invisible la atraía suavemente al fondo del agua, levantándola después y dejándola caer de nuevo. Me estaba tambaleando como en mitad de una tormenta; oí ruidos a mi alrededor; me puse en pie de un salto: el agua brillaba; todo estaba tranquilo.

Entendí que tenía los nervios un poco alterados y decidí irme. Empecé a tirar de la cadena; el bote se puso en movimiento, pero noté una resistencia. Tiré más fuerte, el ancla no vino; había enganchado algo en el fondo del agua y no podía subirla; volví a tirar, pero en vano. Entonces, con mi remos, hice dar la vuelta a mi barco y lo llevé río arriba para cambiar la posición del ancla. Fue inútil, seguía enganchada; me puse furioso y sacudí la cadena con rabia. Nada se movió. Me sentí desanimado y me puse a reflexionar sobre mi situación. No podía pensar en romper la cadena ni en separarla de la embarcación, ya que era enorme y estaba clavada en la proa en un trozo de madera más gordo que mi brazo; pero como el tiempo seguía estando tan bueno, pensé que, sin duda, no tardaría en encontrar a algún pescador que me prestaría socorro. Mi desventura me había tranquilizado; me senté y pude por fin fumarme la pipa. Tenía una botella de ron, de la que tomé dos o tres vasos, y me reí de mi situación. Hacía mucho calor, por lo que en último caso podría pasar sin demasiados problemas la noche al sereno.

De repente sonó un pequeño golpe contra la borda. Me sobresalté, y un sudor frío me heló de pies a cabeza. Aquel ruido venia sin duda de algún trozo de madera arrastrado por la corriente, pero había bastado para que me sintiera invadido de nuevo por una extraña agitación nerviosa. Agarré la cadena y tiré con todo mi cuerpo en un esfuerzo desesperado. El ancla resistió. Me volví a sentar, agotado. Entretanto, el río se había ido cubriendo poco a poco con una niebla blanca muy espesa que reptaba a muy baja altura sobre el agua, de modo que al ponerme de pie, ya no veía ni el río, ni mis pies, ni mi barco, sino que sólo veía las puntas de las cañas y, más lejos, la llanura palidísima que formaba la luz de la luna reflejada, con grandes manchas negras que ascendían en el cielo, formadas por grupos de álamos de Italia. Estaba como sepultado hasta la cintura en una sábana de algodón de una singular blancura, y me venían a la mente imágenes

fantásticas. Me figuraba que intentaban subir a mi barca, que ya no podía distinguir, y que el río, escondido por aquella niebla opaca, debía de estar lleno de seres extraños que nadaban a mi alrededor. Sentía un malestar horrible, tenía las sienes oprimidas y mi corazón latía hasta casi ahogarme. Perdí la cabeza y pensé en escaparme nadando, pero en seguida aquella idea me hizo estremecer de espanto. Me vi, perdido, yendo a la aventura en aquella bruma espesa, forcejeando en medio de las hierbas y de las cañas que no podría evitar, boqueando de miedo, sin ver la orilla, sin encontrar mi barco, y me imaginaba que me arrastrarían por los pies hasta el mismo fondo de esa agua negra. Efectivamente, como habría tenido que remontar al menos quinientos metros la corriente antes de encontrar un lugar libre de hierba y de juncos donde poder hacer pie, tenía un noventa por ciento de posibilidades de no poder orientarme en aquella niebla y de ahogarme, por muy buen nadador que fuera.

Intentaba razonar sentía que tenía la muy firme voluntad de no tener miedo, pero había en mí otra cosa además de la voluntad, y esa otra cosa tenía miedo. Me pregunté qué podía temer; mi yo valiente se burló de mi yo cobarde y no reparé nunca tan bien como aquel día en la oposición de los dos seres que están en nosotros, el uno queriendo, el otro resistiendo, y cada cual ganando a ratos.

Aquel pavor tonto e inexplicable seguía creciendo y se iba convirtiendo en terror. Permanecí inmóvil, con los ojos abiertos, el oído al acecho y esperando. ¿Qué? No tenía ni idea, pero debía de ser terrible. Creo que habría bastado con que a un pez se le hubiera ocurrido saltar fuera del agua, como ocurre a menudo, para hacerme caer redondo, sin conocimiento. Sin embargo, gracias a un esfuerzo violento, acabé por recobrar poco a poco la razón que se me escapaba. Tomé de nuevo mi botella de ron y bebí a grandes tragos. Entonces se me ocurrió una idea y me puse a gritar con todas mis fuerzas, volviéndome sucesivamente hacia los cuatro puntos del horizonte. Cuando mi garganta estuvo totalmente paralizada, me paré a escuchar: un perro aullaba, muy lejos. Volví a beber y me tumbé cuan largo soy en el fondo de mi barco. Permanecí así quizá una hora, quizás dos, sin dormir, con los ojos abiertos, con pesadillas a mi alrededor. No me atrevía a levantarme y sin embargo lo deseaba vivamente; minuto a minuto lo retrasaba. Me decía a mí mismo "¡Vamos, en pie!", y me daba miedo hacer un solo movimiento. Al final me levanté con infinitas precauciones como si mi vida dependiera del menor ruido que pudiera a hacer, y miré por encima de la cubierta.

Quedé deslumbrado por el espectáculo más maravilloso, más sorprendente que se pueda ver. Era una de esas visiones contadas por los viajeros que vuelven de muy lejos y a quienes escuchamos sin creerles. La niebla que dos horas antes flotaba sobre el agua se había retirado poco a poco y acurrucado en las orillas. Y, al dejar el río completamente libre, había formado sobre cada orilla una colina ininterrumpida, de una altura de seis o siete metros, que brillaba bajo la luna con el soberbio resplandor de la nieve. De este modo no se veía nada más que el río laminado de fuego entre aquellas dos montañas blancas ; y arriba, sobre mi cabeza, se extendía, llena y ancha, una gran luna alumbradora en medio de un cielo azulado y lechoso. Todos los animales del agua se habían despertado; las ranas croaban furiosamente, mientras que oía, unas veces a un lado, otras al otro, la nota corta, monótona y triste, que lanza a las estrellas la voz cobriza de los sapos. Sorprendentemente, ya no tenía miedo; estaba en medio de un paisaje tan extraordinario que las singularidades más fuertes no hubieran podido sorprenderme.

No sé cuánto tiempo duraría, ya que caí en una cierta somnolencia. Cuando volví a abrir los ojos, la luna se había puesto y el cielo estaba lleno de nubes. El agua chapoteaba lúgubremente, soplaba viento, hacía frío, la oscuridad era profunda. Bebí lo que me quedaba de ron y acuché tiritando el roce de las cañas y el ruido siniestro del

río. Intentaba ver, pero no pude distinguir mi barco, ni mis propia manos, que acercaba a mis ojos.

Poco a poco, sin embargo, el espesor de la oscuridad amainó. De pronto creí notar que una sombra se deslizaba muy cerca de mí; di un grito, una voz contestó; era un pescador. Le llamé, se acercó y le conté mi desventura. Colocó entonces su barco al lado del mío, y ambos tiramos de la cadena del ancla. No se movió. Se estaba haciendo de día, un día sombrío, gris, lluvioso, glacial, uno de esos días que nos traen tristezas y desgracias. Vi otra barca, le dimos una voz. El hombre que la llevaba unió sus esfuerzos a los nuestros; entonces, poco a poco, el ancla cedió. Subía, pero despacio, despacio, y cargada con un peso considerable. Finalmente vimos una masa negra y la echamos en la cubierta de mi barca.

Era el cadáver de una anciana que llevaba al cuello una piedra de gran tamaño.

GUY DE MAUPASSANT